

Venecia:

evocación musical

BETTY LUISA ZANOLLI FABILA

Es verdad que muchos músicos, como nos ocurre a los pianistas, encontramos en países como Austria, Alemania, Francia y Rusia, la procedencia principal de los compositores que han marcado la evolución estilística, formal y técnica de nuestros respectivos instrumentos. Sin embargo, cuando uno habla de la música de arte en general, no podría jamás de evocar las trascendentes aportaciones que a ella dio el país originario de los estilos renacentista, manierista y preclásico: Italia, la patria de santa Cecilia, mártir cristiana y patrona de los músicos.

El aporte de la península itálica al arte musical desarrollado por Occidente cobra forma principalmente con la obra realizada por el papa Gregorio Magno en aras de rescatar y sistematizar los cantos religiosos que formaban parte de las liturgias celebradas en todo el territorio que ocupara el Imperio Romano y aún más allá de sus fronteras. Cuatro siglos después a Guido d'Arezzo deberemos la reforma de la escritura musical sin cuya grafía no hubiera podido desarrollarse más tarde el polifonismo y, en consecuencia, la estructuración de la armonía y el contrapunto musicales, disciplinas que a partir del siglo *xv* fueron desarrollándose a partir de los tratados elaborados por notables polifonistas desde Marchetto da Padova, Luca Marenzio, Giovanni Pierluigi da Palestrina hasta el propio Claudio Monteverdi. Desde entonces los nombres de célebres músicos se suceden hasta nuestros días: Paganini, Bellini, Donizetti, Rossini, Verdi, Puccini, Mascagni, Leoncavallo, Busoni, Dallapiccola, Malipiero, por citar sólo a algunos, aunque en su mayoría y como bien sabemos son notabilísimos operistas.

Sin embargo, profundizar en este tema sería un asunto inagotable, por lo que me circunscribo a hacer una breve evocación de una ciudad, Venecia, en un momento muy concreto, el del tránsito entre el ocaso del renacimiento y los albores del preclásico.

La Serenissima República de Venecia fue asiento de una de las más importantes catedrales, la de san Marcos, en cuyo seno el desarrollo musical tuvo notables transformaciones, comparable sólo a las que tuvieron lugar en la de Nuestra Señora de París durante la época medieval. A tal grado, que hacia el siglo *xiv* su poderío económico sobresalía en el continente europeo a la par que su influencia musical.

Los primeros indicios al respecto nos remontan al siglo *xiii* cuando según los registros contemporáneos, junto con Aquileia y Grado, era notoria su fama por la construcción de órganos. Sin embargo, el mayor esplendor musical veneciano aún estaba por venir, primero gracias a las iniciativas conceptuales y estilísticas que llevó a esta ciudad el flamenco Adriano Willaert y, más tarde, gracias al desarrollo de la escuela violinística italiana que tuvo justamente en Venecia su epicentro.

No es exagerado afirmar que gracias a los aportes de Willaert, nombrado maestro de capilla en la catedral de san Marcos a principios del siglo *xvi*, la música veneciana adquiriera una luminosidad y originalidad nunca antes alcanzadas a lo largo de su historia. Baste tan sólo destacar que a él –que decide permanecer en suelo véneto y no regresar a Flandes–, junto con Nicola Vicentino y Giuseffo Zarlino, se debe el surgimiento de una escuela que fue determinante para el desarrollo musical italiano.

Pero ¿cómo no iba a sentirse cautivado Willaert por una Italia que bullía de humanismo y de sentido artístico? Era una consecuencia lógica que de su fascinación artística, genio creador y vocación didáctica emanaran músicos como Marco Antonio Ingenieri, Andrea y Giovanni Gabrielli, con quienes sus postulados teórico-

prácticos cobraron nuevas dimensiones. ¿Cuáles eran? Principalmente aquellos que igualmente se convirtieron en fuente de inspiración de los pintores de la época, a los que impulsaban hacia la búsqueda de nuevos colores, para la cual era decisiva la experimentación; en el caso de la música principalmente instrumental.

Sobre este último aspecto, no olvidemos que por siglos la música estuvo supeditada a los cánones eclesiásticos, principalmente en Italia, pero la Venecia que despuntaba a principios del siglo XVI era una Venecia vanguardista. Durante las centurias previas había recibido la influencia del pensamiento oriental, predominantemente bizantino. Su intenso comercio la había convertido en una capital bulliciosa y abierta a los cambios y su estructura política era sui generis. Alejada de las corrientes más tradicionalistas, su organización interna favorecía el anhelo por alcanzar una mayor democracia y, por tanto, libertad en todos los órdenes, comprendido el religioso.

Todo ello permitió conformar un contexto cultural que propició la germinación de las nuevas ideas flamencas willaertianas y que más tarde continuaron sus propios alumnos. De ellos, nadie mejor que Giovanni Gabrielli, quien habría de llevar a su culminación las transformaciones estilísticas y formales iniciadas por su maestro. Entre otras grandes aportaciones, la música de Occidente le debe el surgimiento de una forma revolucionaria: la sonata, la madre de todas las grandes formas musicales mayores; la incorporación definitiva de los instrumentos aerófonos en la música realizada dentro de la iglesia en su búsqueda incesante por encontrar los nuevos colores que Willaert tanto le inculcó a partir del empleo de nuevos timbres sonoros; la innovación de experimentar con la segmentación en bloques de instrumentistas (principalmente cordófonos y aerófonos así como a las propias voces humanas) de acuerdo a sus registros en aras de generar el efecto que hoy denominamos estereofónico; y, finalmente, una prolífica obra que además de haber abarcado el género litúrgico le llevó a incursionar de igual manera en el profano a par-

tir de la creación de obras para instrumentos solos (como en el caso de las sonatas que dedicó a 2, 3 y 5 de ellos) y otras compuestas para voz, como sus célebres madrigales a los que tanto debe la obra monteverdiana.

Pero de Venecia habría que hablar mucho. En el siglo XVIII la eclosión violinística nuevamente hizo volver los ojos hacia ella. Los nuevos compositores dotaron a la música de formas cuyas melodías y armonías convirtieron a un nuevo instrumento, el violín, prácticamente en la proyección material del alma y del corazón venecianos.

Así lo prueban las obras de Giovanni Battista Bassani, Pietro Locatelli, Francesco Geminiani, Giovanni Battista Vitali, Giuseppe Tartini, Arcangelo Corelli, Evaristo Dall'Abaco y Antonio Vivaldi, pero aún más las de Giacomo Facco.

No es exagerado decir que sin Venecia –la otrora reina del Adriático que fue puerta de Oriente hacia Europa por siglos, la sede del manierismo, la ciudad en cuyas góndolas se ha cantado desde tiempos inmemoriales al amor, la cuna de grandes transformaciones estilísticas– y sin sus músicos, el surgimiento de la ópera, el desarrollo del concierto, la sonata y la sinfonía, así como el de la propia orquesta y de los conservatorios modernos, no serían los mismos. La música de arte les estará siempre en deuda, como todo aquel que se sabe amante, cultor y sobre todo defensor del arte verdadero.



Jesús Martínez